

CRITICA

Anarquia En El Cinematografo

"Anarquía en el geriátrico" de Robert Sinequis

Cine Coliseum

Por CARLOS VOYEUR

Podría decirles simplemente *no vayan* y acabar aquí la reseña. Incluso podría desgañitarme gritándolo a la puerta de la sala, simulando estar poseído por el espíritu de Sirk o de Ford. Todo para evitar que cometan el error de perder su tiempo, su dinero y hasta puede que su autoestima visionando esta aberración. Pero no lo haré. Incluso les voy a recomendar que vayan, aunque espero que no sean aficionados a las armas y/o que no conozcan dónde vivo o cuál es el colegio de mis hijos. Efectivamente: merece la pena pagar esos 6 euros a Marga, en la taquilla del Coliseum, para ver "Anarquía en el geriátrico" de Robert Sinequis. Marga seguramente intentará también, como hago yo, advertirles con una mueca apenas perceptible para que se lo piensen mejor. Marga no se puede permitir ser más explícita: vive de esto, como hago yo. Si, desatendiendo nuestras casi imperceptibles señales, finalmente deciden pagar e incluso franquear la pesada cortina de nuestra histórica sala podrán asistir a lo que, literalmente, es el testamento cinematográfico de Sinequis y, quizá, de una manera de entender Hollywood. La industria parece empeñada en anegar de cine-basura las retinas de un público que, gracias a los muchos dólares y no menos impudicia empleados, en poco tiempo no recordará nada, pero nada de nada, de Wilder y todos aquellos gigantes que, como él, hicieron de ese trozo de la costa Oeste la referencia de la comedia elegante, de los diálogos inteligentes, de las réplicas agudas, rápidas como las chipas de las cerillas ¿o eran las miradas? de Bogart y Bacall en

aquella ¿existió alguna vez? "Tener y no tener": del cine con texto, simplemente. Este nuevo ¿filme? que ahora se nos anuncia está a la misma distancia de "Historias de Filadelfia" que la que separa a nuestro planeta de alfa-centauro, aunque quizá ni siquiera habría que mencionar esa obra maestra en esta reseña, por temor a que quede de alguna forma mancillada.

"Anarquía..." es exactamente eso: una sucesión de escenas sin criterio ni medida, estructurada (aunque esta palabra le queda demasiado grande) sobre un argumento de comedia adolescente, cuyas improbables referencias estilísticas podríamos encontrarlas en lo peor de "Los albóndigas la arman de nuevo en el prostíbulo" o, la más elevada pero no menos festiva, "Supersalidos en Texas". La trama...bueno, no la hay...en algún momento parece que se nos quiere contar algo así como que unos jubilados procaces se asocian, en formato banda juvenil, para lograr los improbables favores sexuales de la voluptuosa nueva enfermera del geriátrico, que no podía ser otra que la inefable Pamela Ombrexon. La exuberante actriz, haciendo gala de su mejor repertorio de gestos (pude contar al menos tres distintos, si incluimos el temblor de su escote en la escena en la que estornuda), descende otro peldaño más en su carrera hacia ninguna parte. Atrás han quedado sus mejores actuaciones, lo que, a juzgar por éste absurdo desperdicio de celuloide, era posible. Lo suyo en "Los crímenes saben dulce como el azúcar" era casi actuar -seamos por una vez generosos-comparado con esto. El encargado del casting de "Anarquía..." (un tal Patrick Palermo, que no consta en mis bases de

datos; probablemente se trate de un nombre falso utilizado como estrategia para mantener su integridad física) esperemos, al menos, que haya salido más favorecido por Pam que nuestros seniles héroes de ficción cinematográfica.

No obstante, insisto: no se la pierdan. El engendro puede ayudarles a entender la dificultad de hacer lo que, bajo criterios de mínimos, podríamos llamar una “película” y más concretamente “un largo”, como se dice ahora. Esta cosa más que un “largo” habría que denominarla un “eterno”, ya que así vivirán los 93 minutos de imbecilidad fílmica que les hará removerse en sus butacas hasta añorar la marca de la ropa interior tan suave que les compraba mamá. Probablemente todo el presupuesto del filme (si no alguna cosa más) ha sido devorado por la inefable Sra Palermo: baste admirar la capacidad de la *script* para conseguir que los tres abuelos protagonistas aparezcan ¡con sus camisas intercambiadas! en escenas sucesivas en las que, para la ficción, apenas han transcurrido segundos. Pobres ancianos de ficción, sin vestuario propio pero, en cambio, estupendamente pintados con distintos tonos de gris ceniza en función ¿del estado de embriaguez de los maquilladores en ese día de rodaje?. Pobres ancianos de ficción y más tristes actores: triste ver a Alfred Bastida, que en algún momento, ahora tan lejano, pudo ser un nuevo icono en el cine americano independiente, en su alimenticio (al menos espero que lo fuera) “papel” de Bob; sus otros dos compañeros de reparto, desconocidos para mí, Phil Potter y Tommy Legrand, probablemente nunca debieron salir de las catacumbas de los culebrones serie B de donde seguro provienen (si no existen los culebrones de serie B, habría que inventarlos para este par de cómicos sin gracia, que seguramente ignoran el daño que infligen al prestigio de la nación que vio nacer el Actor’s Studio).

Desde un punto de vista más metafílmico, más filosófico, tampoco se la pierdan por nada del mundo: “Anarquía en el geriátrico” les hará plantearse el verdadero sentido de la vida: ¿tiene sentido gastar unos millones de dólares en una puesta en escena que el festival de fin de curso de sus hijos resuelve mejor? ¿tiene sentido envilecer las pantallas de nuestras salas con

subproductos para oligo-adolescentes, con perdón de nuestra juventud menos brillante? O como pensaba yo, rodeado de hilarantes (¡sí!) jovencitos en plena eclosión hormonal (el aroma de la sala tampoco ayudó a degustar el producto): ¿por qué me envían del periódico para hacer la reseña de “esto”? ¿Me guardará rencor Martínez?. Lo de robarle la entrevista en Nueva York con Penélope Cruz no era como para tomárselo así. En fin, ya saben, no se la pierdan, así al menos me entenderán: todavía no he podido dormir bien ¿sería una de terror?.